

# UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

## 62. A CARA O CRUZ



**A** VANZAMOS adoptando infinitas precauciones, pese a que el barón pensaba que no habría vigilancia. Una impunidad garantizada por centurias de tiránico reinado de terror, otorgaba a aquellos semihumanos celebrantes una despreocupación muy conveniente para nuestros propósitos. Ellos ni soñaban con que alguien se atreviese siquiera a espiarlos desde lejos; mucho menos habrían de temer una intrusión directa.

Yo tenía las entrañas hechas nudos de angustia. Cada vez iba penetrándome más el convencimiento de que todo era tal como lo había visto...; que tan sólo había anticipado — mediante algún poder extrasensorio espontáneamente manifestado— lo que habría de ocurrir realmente ahora, ante nuestros propios ojos.

El lugar era el mismo donde cuatro noches atrás acamparan los gitanos. Ya no cabía duda, pensé, de la verdadera causa de la huida de aquellos nómadas. Ellos supieron, o intuyeron de algún modo, la infame ceremonia ritual que se llevaría a cabo en ese sitio y no perdieron tiempo en alejarse. No podía criticarlos... Yo mismo contenía a duras penas un atávico impulso de ponerme a salvo.

La mano del barón Bathory, tensa, me oprimió un hombro.

**N** OS ECHAMOS de bruces. Por entre un camuflaje natural, de matas, arbustos y raíces, atisbamos, con la mayor prudencia, hacia el valle. Había varias figuras allí, formando un círculo. Todas sostenían antorchas y, a su trémula luz, las deformidades ticas de aquellos seres adquirían relieves pesadillescos.

Existían diferencias, no obstante, entre unos y otros. Sólo unos cuantos resultaban repulsivamente extraños; los más exhibían una amalgama de caracteres humanos y extrahumanos, con variantes diversas. Pero no vi a ninguno que pudiese llamarse humano por completo, excepto...

Los cabellos de la nuca se me pusieron rígidos. Sentí que la sangre se detenía en mis venas.

—*¡Barón!* —musité, casi paralizado por el horror—. *¡Hay una mujer en ese altar de piedra!*

El se arrojó sobre mí. Con una mano sofocó mis gritos, en tanto, dotado de inesperada

fuerza, impedía que me moviese.

Tras unos segundos de lucha, me sometí. La mano del barón se aflojó; nuestros músculos se relajaron.

—Lamento haber perdido el control —dije.

—Comprendo sus sentimientos... Pero observe con cuidado a esa mujer, Poletti.

**L**E OBEDECÍ. Aún jadeaba a causa de la tensión, y el sudor me humedecía el torso.

—¡No es ... Verna! —exclamé, en un hilo de voz.

—Es una de ellos. Está ahí porque quiere estar...

El cántico siguió durante varios minutos; luego cesó..., como un quejido arrastrado por el viento. Uno de los celebrantes rompió el círculo y se paró junto al altar.

Desde nuestra posición podíamos verlo con claridad. Vestía una especie de manto, abierto en medio, que recordaba el de los sacerdotes egipcios, y una diadema de oro y piedras verdes le rodeaba el cráneo.

Los anchos pliegues de la hopalanda velaban piadosamente los detalles más detestables de aquella anatomía; pero la engastada diadema no hacía más que recalcar la repugnancia de aquel cráneo aplastado y sin pelo, de asimétricas protuberancias.

—*F' gwlhulhu Fgarth! Ghawlhlu-ghu!* —declamó, solemnemente.

—*Ia! la! la!* —corearon los otros.

El aliento del barón silbó junto a mi oreja.

—Les ordena danzar —me susurró.

**E**NTONCES los componentes del blasfemo cóncave se entregaron a la misma danza infernal que ya había conocido a través de mi visión... Cuando llegó el clímax y los danzantes se abandonaron a un frenesí de locura y horror, me sustraje —mediante un supremo esfuerzo de voluntad— a aquella sugestión diabólica y saqué del bolsillo la cámara miniatura.

Era tan diminuta que estaba seguro de que el barón no advertiría mi acción. Rápidamente tomé varias fotos del ritual, del altar y de la mujer yacente. La película era ultrarrápida y extremadamente sensible; juzgué que la luz de las antorchas bastaría para obtener una aceptable reproducción de las imágenes.

Alcancé a ocultar la cámara antes de que el barón Bathory, con fulgor casi insano en las pupilas, se volviera hacia mí.

—¡Terminó la danza, Poletti! —bisbiseó—. Ahora llega el momento. ¡Van a llamar a Ghutgah..., para que vuelva a la Tierra!

Apreté las mandíbulas. Ahora sería a cara o cruz.

Si el Contraconjuro del barón no surtía efecto...

(Continúa)

**¿SERÁN EFECTIVAS LAS ARMAS DEL BARÓN BATHORY, EN CONTRA DE LAS TERRIBLES Y OSCURAS POTESTADES A QUE HA DE ENFRENTARSE JUNTO A NUESTRO PROTAGONISTA?... ¡ES DE TEMER QUE EL ENEMIGO LES RESULTE ESTA VEZ MÁS PELIGROSO DE LO QUE IMAGINARAN!... SIGUE: "EL LÍMITE DEL HORROR"... ¡LO INMENCIONABLE EXPUESTO POR PRIMERA VEZ! ¡LAS CUMBRES DEL ESPANTO Y LA SEVICIA, AL DESCUBIERTO! ¿LE HAN ATERRORIZADO NUESTROS CAPÍTULOS ANTERIORES? PUES, CARO LECTOR, ¡USTED NO HA TEMBLADO NADA AÚN! ¡LO PEOR ESTÁ AL LLEGAR! ¡COMPRUÉBELO EN EL SIGUIENTE CAPÍTULO! ¡SÓLO HACE FALTA UN "CLIC"!**

## ALGO SOBRE EL AUTOR

Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

**Panorama de su obra en:**

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

[cmfederici@hotmail.com](mailto:cmfederici@hotmail.com)